



LAS ESCAPATORIAS DE ADELA

(Conclusión.)

Un cuarto de hora después, Julieta la vió, con su sombrero y los guantes en la mano, atravesar el jardín, abrir la puerta de la calle y volverla á cerrar, sin hacer el menor ruido.

El fino oído del anciano había apreciado, y como quien dice, seguido todos los movimientos de su nieta, y cuando desapareció detrás de la puerta, dijo para sí, como si la hubiese visto:

—¡Ha salido otra vez!

Luego, como para calmar la inquietud que le devoraba, dijo á Julieta que fuese á buscar á la jardinera para que llevase á Nini á paseo, y añadió:

—Toma al mismo tiempo el diario de encima de la mesa del salón, y vendrás á leerme el artículo de espectáculos, que esto nos divertirá á los dos.

Julieta obedeció; un momento después, Martina con Nini salía por la puerta que daba al bosque de Boloña, y Julieta, sentada en un taburete á los pies de su abuelo, leía con su voccecita dulce y clara el artículo ya indicado.

Apenas había acabado la primera columna, oyéronse fuertes golpes á la puerta del jardín.

—Nadie podrá abrir—dijo la niña interrumpiendo su lectura.—Martina está fuera.

—Ve, pues, tú—dijo el barón de San Andrés.

La puerta no estaba tan lejos del terrado, que el anciano dejase de oír el siguiente diálogo entablado entre la voz de Julieta y otra mujer extraña.

—¿No vive aquí, hija mía, una maestra de piano?

—No, señora.

—Aquí debe ser, sin duda; me han dado las señas exactas de esta casa. Tal vez sea una inquilina que tú no conozcas, niña.

—En toda la casa no somos más que mi abuelo, que es ciego—replicó Julieta con tono de una niña que no permite se pongan en duda sus palabras;—después, Adela, mi hermana mayor; después, Martina, que hace la cocina; después, su marido, que es jardinero; después, mi hermanita Nini; después, el perro, yo y nadie más. Pero á veces viene aquí una maestra de piano, que se llama la señorita Díez; tal vez sea ésta la que usted desea encontrar.

—Se me ha dicho la señorita Adela de San Andrés, que da lecciones de piano en casa de...

—Señora, yo no miento nunca—interrumpió Julieta con impaciencia;—mi hermana mayor, Adela, no es maestra de piano; ¡mire usted si lo sabré bien cuando es mi hermana!

—¿Es aquí en donde vive el barón de San Andrés?—preguntó un joven, acercándose á la puerta entreabierta

—Sí, señor—contestó Julieta.

—Entonces aquí está también la persona por quien pregunta usted, señora... y, sin duda, el barón de San Andrés es el anciano que allí estoy viendo.



Y con gran admiración de Julieta, que se afanaba por probar que su hermana no era maestra de piano, adelantóse el joven hacia el anciano ciego, y después de haberse asegurado otra vez de que hablaba con el barón de San Andrés, añadió:

—Señor barón, tengo el placer de anunciar á usted que se le ha devuelto su paga.

—Me ha tomado usted por otro, seguramente, caballero—contestó el barón,—porque mi paga jamás me ha sido quitada; ¿cómo quiere usted que se me devuelva?

El joven oficial continuó con ademán de admiración:

—¿No es usted el barón de San Andrés, que sirvió en tiempo de Luis XV y Luis XVI en la guerra de la Vendée, que ha perdido diez hijos en las guerras del Imperio...?

—Sí, señor—contestó el anciano.

—Su nieta de usted, la señorita Adela de San Andrés, ¿no da lecciones en casa del ministro de la Guerra á mi hermana?

—¡Explíquese usted, caballero, explíquese usted!—exclamó el anciano...—Mi perdida posición... Adela... sus tres salidas al día... ¡Oh, por favor, explíquese usted...!

—Es cosa muy sencilla... es el caso que yo tengo dos hermanas, y hará cosa de un año, buscando una maestra de piano en Passy mismo, se ofreció la señorita Adela. Venía recomendada por la condesa de Bricourt, á cuyas hijas también enseña. Ultimamente, sabiendo que yo estaba empleado en el ministerio de la Guerra y que era sobrino del ministro, la señorita Adela me contó que hace dos años la pensión de usted fué suspendida sin saber por qué, y luego añadió: «Como ni un anciano ciego... ni una niña como yo hemos podido practicar las diligencias necesarias para saber al menos la causa...» «Yo me encargo de ello, la dije, se lo prometo á usted.» No he faltado á mi palabra, y hoy tengo la dicha, no sólo de volver á usted el decreto de su pensión, sino también las pagas atrasadas.

—¡Oh, Adela, digna y noble muchacha!—exclamó el anciano elevando al cielo sus grandes ojos.—¡Oh, hija mía...! ¡Tan injustamente acusada...! Me lo había ocultado todo... todo... hasta el forzoso trabajo que se había obligado á hacer... ¡Oh! ¿Dónde está? ¡Id á buscarla... Y como tardaba en venir, el barón de San Andrés contó lo que había pasado aquella misma mañana en la azotea, en que se hallaba todavía. El acento del anciano iba acompañado de una emoción febril que se comunicaba á los asistentes.

—¡Oh, señor barón! Daré á usted sobre mi familia todos los informes que pueda usted apetecer... ¡Concédame usted á Adela por esposa!

En este momento, un grito de alegría de Julieta anunció que estaba de vuelta Adela. Al ver á las dos personas que rodeaban al anciano, paróse tímida y avergonzada; pero el buen abuelo, llamándola y abrazándola, la dijo:

—Todo está descubierto, bribonzuela, y aquí tienes un caballero que quiere separarte de mí.

—¡Este caballero!—dijo Adela con timidez y firmeza al mismo tiempo—¿querrá encargarse á la vez de un abuelo y dos niñas, de cuya felicidad debe responder delante de Dios?

—Todo, todo, con tal que quiera usted hacer la mía, señorita.

Adela ha dado estado á sus dos hermanas, y hoy día es una de las señoras más distinguidas de la capital. El barón de San Andrés pasó el resto de su vida al lado de sus nietos rodeado de cariño.

F. DEL FL.



PASATIEMPOS

LOS ANILLOS DE PAPEL. LA ESTRELLA DE CINCO PUNTAS

Con una hoja de papel puede improvisarse un entretenimiento curioso. Cortamos una tira, la dividimos en toda su

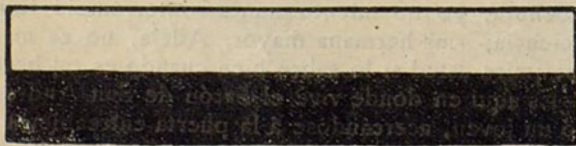


FIG. 1.^a

extensión por una línea de lápiz y llenamos de tinta china una de las dos mitades, como en la fig. 1.^a, por el derecho y

por el revés. Unimos después sus extremos con goma y tendremos el anillo de la fig. 2.^a, y si le cortamos con unas tijeras, por la línea que separa la parte negra de la blanca, tendremos un

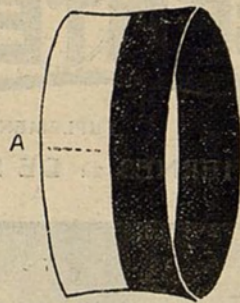


FIG. 2.^a

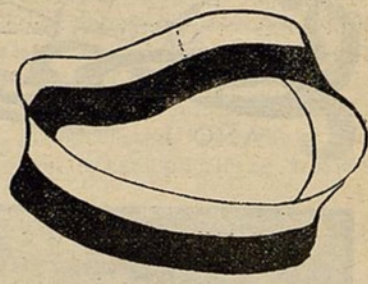


FIG. 3.^a

anillo de cada color separados, pero si al hacer la pegadura tenemos cuidado de hacer girar la banda dos veces por sí misma, antes de unir sus extremos, el anillo quedará como en la fig. 3.^a, y si entonces hacemos el corte como anteriormente

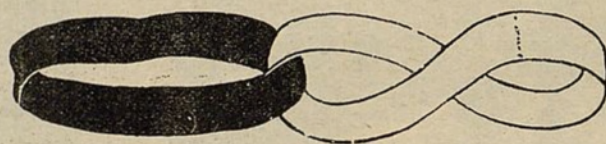


FIG. 4.^a

no nos resultarán dos anillos sueltos, sino enlazados, como aparecen en la fig. 4.^a.

Construir geoméricamente una estrella de cinco puntas es tarea larga y complicada, pero por medio de una tira de papel delgado podemos salir del paso con gran prontitud. Hagamos un nudo, como lo indica la fig. 5.^a, y se aprieta como en la fig. 6.^a. Se oprimen bien los dobleces para que esté bien plana y doblamos la figura por las líneas A E y C D, y de esta

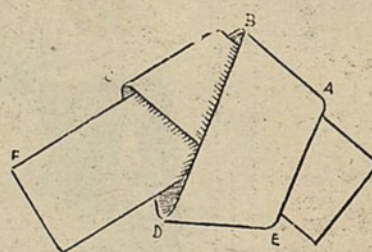


FIG. 5.^a

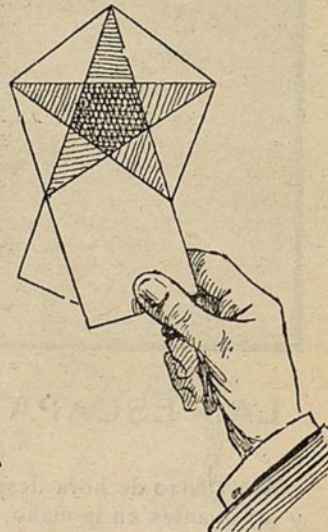


FIG. 7.^a

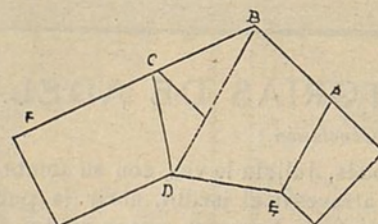


FIG. 6.^a

suerte obtenemos el pentágono regular A B C D E. Si luego doblamos la banda de modo que el borde C F tome la dirección C A, al poner delante de una ventana ó de una luz la figura, veremos por transparencia la estrella tal como aparece en la fig. 7.^a.



La ciencia al alcance de los niños

ELECTRICIDAD

(Conclusión.)

—¿Y á quien está cerca lo mata también?

—No sólo es peligroso el rayo de cerca, sino que á veces, á considerable distancia del sitio donde estalla, sienten hombres y animales una conmoción violenta y hasta mortal, que se llama en física *choque de retroceso*.

—¿Y cómo es eso?

—La nube tempestuosa ejerce influencia sobre todos los cuerpos situados en la extensión de su esfera de acción, y estando éstos cargados de electricidad contraria á la de la nube, al reunirse la electricidad de la nube con la del suelo cesa en ellos la influencia, y al recobrar su estado neutral, sufre bruscamente la sacudida. Si colocamos una rana cerca de una gran máquina eléctrica, á cada chispa que de ella se saca, sufre el animal una sacudida en extremo brusca.

—Y di, papá, cuando mata á los hombres ó á los animales, ¿los abrasa?

—Los efectos del rayo son muy varios; algunas veces no deja en el cadáver rastro alguno de su paso; otras hace grandes heridas y en las ropas de la víctima suelen hallarse grandes quemaduras. Según se ha podido comprobar por personas que han sufrido una descarga eléctrica y se han salvado, el que es alcanzado por un rayo no ve el relámpago ni oye el trueno.

—¿De modo que hay quien se salva después de caerle un rayo?

—No solamente hay quien se salva, sino que hay quien se cura de una enfermedad que padece. Se han visto bastantes casos de reumáticos y paralíticos que, después de muchos años de padecer, se han curado instantáneamente después de sufrir la descarga eléctrica de una nube.

—Pues yo, por si acaso, no me expondría á ese medicamento.

—Y harías muy bien, hijo mío; para la aplicación de las propiedades curativas de la electricidad, que son indudables, hay que acudir á los hombres de ciencia, que la usan con prudencia y tino, porque las nubes no suelen tener esas virtudes, y más fácilmente matan que curan con sus descargas.

—¿Y hay modo de defenderse contra los rayos?

—Hay varias medidas de prudencia que los sabios aconsejan para los casos de tormenta, que todos debemos saber desde niños... *por lo que pueda tronar*. En las casas debe evitarse estar cerca de grandes masas de metal, hay que alejarse de las chimeneas y es más prudente colocarse en el centro de las habitaciones que en los ángulos ó junto á las ventanas. También es mejor estar separadas las personas que juntas.

—¿Y es bueno cerrar las ventanas?

—En eso hay opiniones, pues hay quien aconseja que se cierran, en atención á que cualquier obstáculo, por débil que sea, suele detener el fluido; pero otros afirman, y no sin razón, que se corre un peligro mayor si cae una chispa eléctrica, porque estando cerrado puede producirse la asfixia.

Cuando la tormenta nos coge al aire libre, no debe uno acercarse á las torres ni edificios altos, y, *sobre todo*, no hay



BAJO-RELIEVE DE LUCAS DELLA ROBLIA, EN EL MUSEO NACIONAL DE FLORENCIA Del famoso escultor florentino Lucas Della Robbia, cuyas obras son un verdadero encanto, es el bajo-relieve que publicamos. Nació este célebre artista en 1388 y murió en 1463. En el taller del platero Leonardo aprendió de niño á modelar en cera, y cuando tenía quince años, fué encargado en Rimini, en unión de otros jóvenes escultores, de hacer los bajo-relieves del sepulcro de Isotta, esposa de Segismundo Malatesta. En la cúpula de la catedral de Florencia, en los órganos y en el baptisterio ejecutó también obras primorosas.

que guarecerse debajo de árboles aislados. Se aconseja que en el campo se huya de los sitios elevados, y si la tempestad es violenta y las nubes poco altas, debe buscarse un árbol alto y colocarse á una distancia de su pie, igual á su altura, ó mayor si su ramaje es muy abierto. Esto es sencillamente utilizar el árbol como pararrayos.

—Esos sí que son buenos, ¿verdad? Se tiene un pararrayos en una casa y ya está uno seguro...

—¿No tanto como crees!

—¿No sirven los pararrayos?

—Sí sirven, pero tienen que estar en perfecto estado de conservación, pues si hay la menor interrupción en el trayecto, el peligro aumenta.

—Habrá que reconocerlos á menudo, para ver si están rotos.

—Habrá que hacerlos; pero por desgracia se descuida mucho esta clase de reconocimientos, y cuando más, se examina si la cadena está entera. Lo cual no basta, porque puede estar intacta al parecer, y sin embargo, tener interrupciones la corriente eléctrica. Los sabios han inventado grandes cosas; pero los encargados de su conservación y de su uso, suelen con sus descuidos hacer inútiles ó perjudiciales los grandes inventos.

L. DE CH.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS
ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR
(Continuación.)

CLEMENCIA. Vamos á ver si podemos. (Clemencia va á salir y ve desde la puerta á DOÑA SEVERA, que llega; entra precipitadamente y dice en voz baja): Que viene doña Severa.
(Luisa se asusta, y MATILDE la conduce á la puerta del jardín.)

MATILDE. ¡Ve á reunirte con Beatriz! ¡Corre!

ESCENA VII

MATILDE, CLEMENCIA, DOÑA SEVERA

DOÑA SEVERA. (Sumamente enojada se sienta en una butaca con suma majestad y conserva un aire solemne.) ¡Es increíble! ¡Hacerme correr así! ¡A mí! ¡Con un calor tan irresistible! Muchos niños he visto en mi vida; ¡pero ninguno... absolutamente ninguno se ha permitido infamias por este estilo! ¡Y vosotras, vosotras... cómplices... que favorecéis las insolencias de vuestra prima, seréis también castigadas! Es necesario un escarmiento, y lo exigiré así de doña Amalia.

MATILDE. (Con tranquilidad.) Como no somos culpables, señora, no temo al castigo con que usted nos amenaza.

DOÑA SEVERA. ¿Que no sois culpables? ¡Insolente! ¿Que no

sois culpables, cuando ayudáis á vuestra prima á sustraerse de la justicia?

MATILDE. No diga usted justicia, diga usted...
DOÑA SEVERA. ¿Qué quiere usted decir, infame? ¿Qué...?
MATILDE. Iba á hablar del dichoso cinturón, que es tan cruel para mis pobres primas. ¿Cómo quiere usted que trabajen con eso?

DOÑA SEVERA. ¡Hola! Puesto que sabe usted eso, muñeca, es señal de que ha hablado usted con Beatriz, que sabe usted dónde está, que la ha ayudado usted á esconderse, y que es usted tan pícaro como ella...!

CLEMENCIA. ¡Eso lo dirá doña Amalia, que precisamente llega!

ESCENA VIII

DICHAS, DOÑA AMALIA

DOÑA SEVERA. Mi señora doña Amalia: prevengo á usted que exijo un castigo ejemplar para estas niñas, y sobre todo, para la insolente Matilde.

DOÑA AMALIA. ¿Qué han hecho mis pobres niñas para excitar hasta ese punto su indignación?

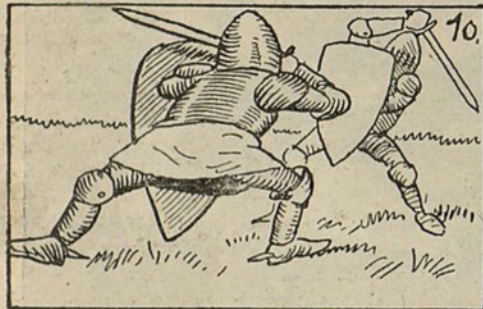
DOÑA SEVERA. ¡Asómbrese usted! Han ayudado á Beatriz á eludir el justísimo castigo que la he impuesto; han favorecido su fuga; la han auxiliado para ocultarse, y me han obligado á correr, á mi edad, á sudar, á fatigarme, y, para terminar, me acusan de crueldad.

DOÑA AMALIA. ¡Pero señora, por Dios, cálmese usted!

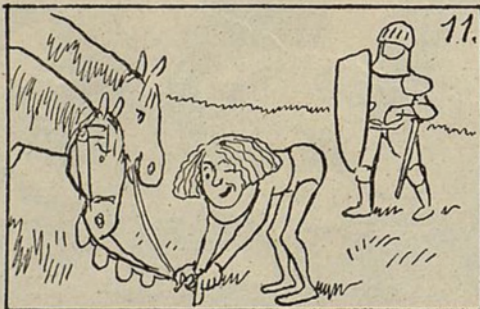
DOÑA SEVERA. No puede ser; no es posible que me calme mientras no me entreguen ustedes á Beatriz.

(Continuará.)

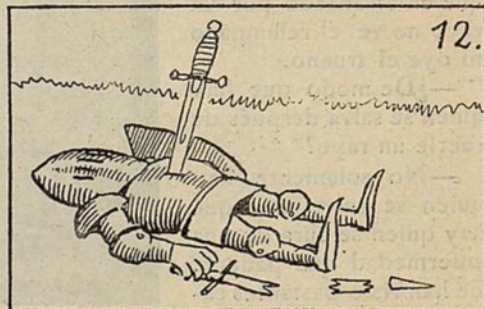
EL PAJE DEL CONDE DON MENDO (Continuación.)



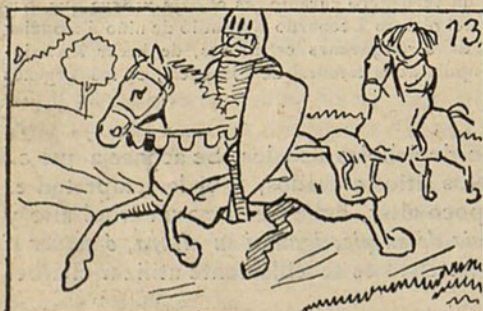
Los dos nobles guerreros trabaron terrible combate con feroz ardimiento.



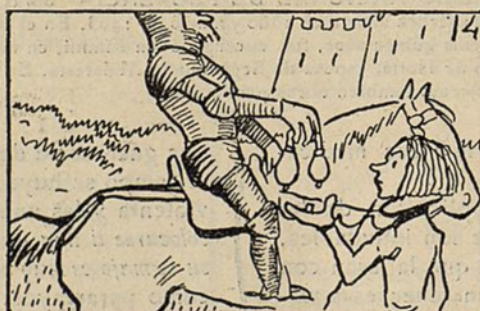
Galaor vió venir triunfante á su amo y señor, y se apresuró á desatar á las cabalgaduras.



Allá, en el campo del honor, yacía el cadáver de D. Pero Pérez de Pereira.



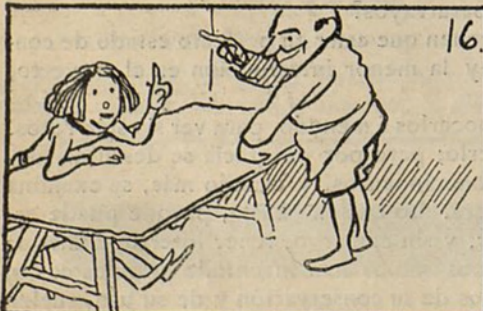
D. Mendo Méndez de Mendoza y su fiel paje Galaor metieron espuelas á sus corceles.



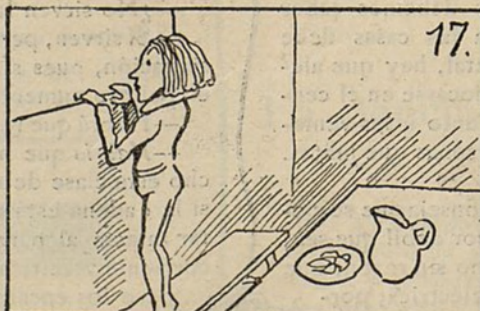
En el camino, D. Mendo, en albricias de su victoria, dió al pajecillo una bolsa repleta de oro.



Galaor se trasladó á la posada más próxima, para darse un festín espléndido.



Le chocó un gran ruido en la estancia contigua, y el posadero le dijo que eran unos guerreros que cenaban alegremente.



Galaor, que era escamón de suyo, se asomó cautelosamente á una ventana para cerciorarse.



Unos soldados de la mesnada del difunto D. Pero estaban fraguando una terrible venganza. (Continuará.)